

V

Rechazado Bolívar por el oriente y por los valles y montañas del sud, no desistía de su empeño de penetrar á Caracas, y se propuso efectuarlo por el occidente, siguiendo el itinerario de la reconquista por la prolongación de la cordillera oriental que divide á Venezuela en dos zonas con las costas de sotavento á un lado y las de barlovento al otro. En consecuencia, después del rechazo de Ortiz, se replegó á Calabozo, y dispuso que Páez abriese operaciones ofensivas por parte de San Carlos. En previsión de este movimiento, La Torre se había concentrado en San Carlos y sus alrededores con cerca de 4,000 hombres, interponiéndose entre las columnas de Bolívar y Páez con sus reservas en Valencia. El general llanero, contagiado por la manía de las batallas, sin contar con más de dos batallones que apenas alcanzaban á 350 plazas y cinco escuadrones, esperó en Cojedes el ataque que le traía el enemigo con fuerzas superiores y mejor disciplinadas. Concibió un racional plan de combate, pero como él mismo lo ha dicho refiriéndose á este momento, no hay hombre cuerdo á caballo. Arrebatado por la sangre, cargó impetuosamente á la cabeza de uno de sus escuadrones, arrolló un ala del enemigo, pasó á retarguardia de la línea rompiendo un batallón que se hallaba en reserva; pero al volver sobre sus pasos, su ejército había desaparecido. La infantería republicana, que peleó valientemente rompiendo el fuego á tiro de pistola, fué deshecha y degollada, y la caballería que la acompañaba huyó cobardemente (2 de mayo de 1818). Páez quedó dueño del campo y derrotado, y se retiró á San Fernando del Apure con los restos que pudo reunir, que no alcanzaban á la mitad de las fuerzas con que había abierto su campaña.

Bolívar, mientras tanto, sin darse cuenta de las maniobras de La Torre ó ignorándolas, y á fin de combinar sus operaciones con las de Páez, trasladóse al occidente de Calabozo á un lugar llamado Rincón de los Toros, entre los ríos Tiznado y Chiguas, afluentes del Portuguesa. En este punto estableció su campamento con 600 infantes y 700 jinetes, destacando la división de Cedeño para cubrir su retarguardia en los llanos que abandonaba. Allí se encontró rodeado de partidas enemigas, que eran dueñas de toda la campaña. Una columna destacada por Morillo á órdenes del comandante Rafael López, tenía por especial encargo impedir su reunión con Páez, y atacarlo donde lo encontrase. Al acercarse al Rincón de los Toros, cogió un prisionero que le informó del lugar donde se encontraba Bolívar á larga distancia de su campamento, dándole el santo y seña. El capitán español Javier Renovales se ofreció á penetrar con treinta hombres al campo republicano y matar á Bolívar, mientras López atacaba la descuidada división. La noche era de luna. La partida realista llegó á las 4 de la mañana hasta la inmediación de la mata ó bosque donde se hallaba el Libertador con su estado mayor, que dormía en hamacas colgadas de los árboles. Renovales se encontró con una patrulla mandada por el coronel Santander, jefe de estado mayor, á tiempo que la luna se ocultaba en el horizonte, y rindiendo santo y seña, siguió adelante. Al llegar á la mata, la partida hizo fuego sobre las hamacas. El Libertador, que estaba despierto, se incorporó, y las balas pasaron por encima de su cabeza. Corrió á tomar su caballo, que huyó espantado por los tiros. En la oscuridad no acertó á dirigirse á su campamento, y se internó en un espeso bosque, donde vagó toda la noche solo y á pie, despojándose de su gorra y dormán para no ser conocido (abril 17). Al día siguiente fué encontrado por los dispersos de su división, que había sido sorprendida y destrozada. Pidió un caballo, y todos se lo negaron, hasta que un soldado le dió el suyo,

quedando á pie, sin dar su nombre, y sólo un año después pudo descubrir por casualidad quién había sido el que lo auxilió en tan duro trance. Procuró reunirse con Páez, y erró durante tres días por las márgenes del Portuguesa, con una escolta de cuarenta hombres. Al fin se dirigió á San Fernando, adonde llegó enfermo y triste, pero no desalentado. Allí se encontró con Páez derrotado, y dictó medidas para levantar nuevos cuerpos.

No habían terminado aún los desastres de esta campaña, por consecuencia de los errores del general. Incurriendo en la misma falta que cuando dió á Saraza el mando de una fuerte división avanzada que era incapaz de manejar, confió á Cedeño, tan incapaz como el derrotado en la Hogaza, una columna de 1,000 jinetes y 300 infantes, con encargo de dominar los llanos de Calabozo. Morillo, que después de las ventajas alcanzadas, había dispuesto que Calzada con su división maniobrase sobre el Apure, dispuso al mismo tiempo que Morales con una gruesa columna ocupase los mismos llanos. Cedeño esperó al enemigo en el cerro de los Patos, á 10 kilómetros de Calabozo, y fué batido tan ignominiosamente como Saraza en la Hogaza, con pérdida de toda su infantería y dispersión de toda su caballería (20 de mayo). Apenas doscientos hombres se salvaron. Morales, ensoberbecido con su victoria, avanzó hasta el Guayabal, á 15 kilómetros de San Fernando. Páez atravesó el Apure al frente de su guardia de honor, y le sorprendió y derrotó completamente, obligándole á replegarse á Calabozo (28 de mayo 1818). Era la estación de las lluvias y los ríos salidos de madre habían inundado los llanos, convirtiéndolos en un inmenso lago. Los beligerantes se pusieron en cuarteles de invierno.

La campaña estaba terminada. El ejército con que se abriera no existía. Toda la infantería había desaparecido; el armamento estaba destruído y las municiones agotadas. De todas las conquistas del año anterior, los independientes sólo

ocupaban la plaza de San Fernando. El Libertador había perdido, juntamente con su ejército, su crédito como general y su autoridad moral como gobernante. Sólo quedaba en pie el núcleo del ejército del Apure y la base de operaciones de la Guayana conquistada por Piar.

La situación del ejército realista no era mucho mejor á pesar de sus triunfos. Morillo contaba todavía con doce mil hombres diseminados en Venezuela y Nueva Granada; pero sus fuerzas vivas estaban gastadas. Él mismo lo reconocía. « Estamos entregados á la más espantosa miseria, sin dinero, » sin armamento, sin víveres, y sin esperanza de poder variar » la suerte. Doce batallas campales consecutivas en que han » quedado muertos en el campo de batalla las mejores tropas » y jefes enemigos, no han sido bastantes para exter- » minar su orgullo ni el tesón con que nos hacen la gue- » rra » (15).

La escuadra española estaba desmantelada en Puerto Cabello, y los corsarios argentinos y venezolanos dominaban el mar de las Antillas, con los puertos de Margarita por centro de operaciones. Bolívar había contribuído á este resultado, quebrando el nervio de la más poderosa expedición que la metrópoli hubiera hecho para sojuzgar á sus colonias rebeldes; pero la responsabilidad que sobre el Libertador pesaba por sus errores, era inmensa. Todos atribuían, y con razón, el desgraciado éxito de las operaciones á la mala dirección de la guerra. El tiempo, que ha agrandado su gloria, ha confirmado este juicio de sus contemporáneos.

Un juicioso historiador colombiano, admirador del genio de Bolívar, ha hecho la crítica de esta campaña con tanta justicia, como severidad. Prescindiendo de la derrota de Saraza

(15) Ofi. de Morillo al virrey del Perú, Pezuela, de 28 de julio de 1818, en Barquisimeto.

en la Hogaza, de que es responsable por imprudencia, pero que fué reparada por su rapidez en reunirse con el ejército del Apure y la feliz sorpresa á Morillo en Calabozo, hechos que le hacen gran honor, todos los desastres que se siguieron son consecuencia de sus errores. Después de haber experimentado en la marcha hacia el Sombrero y en el paso del Guárico la superioridad de la infantería española, cuando 1,400 hombres en retirada no pudieron ser destruídos ni aún conmovidos por todo el ejército independiente en las llanuras con una caballería muy superior, no debió empeñarse en perseguir á Morillo, en las montañas, donde aquella superioridad — aparte de la numérica — era mayor, y su arma principal se inutilizaba. La situación falsa en que se colocó en los valles de Aragua, donde podía ser cortado y destruído enteramente por fuerzas muy superiores y de mejor calidad, agravada por el avance de su vanguardia sobre Valencia y camino de Caracas con su flanco y retaguarda descubiertos, son errores que no tienen explicación militar. La batalla de Semen ó La Puerta, innecesariamente comprometida, cuando pudo retirarse á los llanos haciendo la guerra de posiciones á que se prestaba el terreno, es el hecho que ha merecido la más justa crítica de los militares. La batalla de Ortiz, consecuencia de otro error estratégico, fué mal empeñada y peor dirigida, cuando un simple movimiento de flanco, le hubiese dado la victoria ó salvádole de una derrota. Su plan de campaña de invadir Caracas por el occidente, lanzando á Páez en aventuras sin darse cuenta de los movimientos del enemigo, que interceptaron sus columnas de maniobra, acusan una ciega obstinación sin objetivo claro. La sorpresa del Rincón de los Toros, manifiesta tanto olvido como desprecio de las precauciones más ordinarias en campaña al frente del enemigo. La pérdida de la división de Cedeño, comprometida sin objeto, cuando pudo y debió hacerla retirar en tiempo, repasando el Apure, fué el último grande error de la cam-

paña, que acabó con los últimos restos del ejército republicano (16).

VI

La suerte de las armas republicanas no había sido más feliz en el oriente, y la autoridad del Libertador anulada en el Apure, era allí desconocida. Los partidarios de Mariño, le habían vuelto á llamar, y éste, apoyado por el gobernador Gómez de Margarita, se puso de nuevo al frente de las tropas de Cumaná, asumiendo su antigua actitud disidente. Bermúdez, que con 800 hombres permaneció fiel, había sido completamente derrotado, con pérdida de su artillería, repasando deshecho el Orinoco. Monagas, que ocupaba con los restos de su división los llanos de Barcelona, estaba reducido á la impotencia. La opinión general era contraria al Libertador.

Tal es la situación política y militar con que se encontró Bolívar al regresar á Angostura, dejando á Páez el mando del ejército del Apure, donde apenas era él obedecido. Empero, con su inquebrantable constancia, con su genio creador en la desgracia, se contrajo á formar un nuevo ejército y nuevo estado, revelando cualidades de flexibilidad y método que no se le conocían. Creó nuevos batallones reclutados en las misiones de Coroní, reorganizó las divisiones de Saraza y Monagás, y encargó á Bermúdez levantar nuevas tropas en la Guayana. El oportuno auxilio de cinco mil fusiles y abundantes pertrechos de guerra conducidos por Brión desde las Antillas, le proporcionó el material de guerra de que carecía.

(16) Véase Restrepo: « Historia de la Revol. de Colombia », t. II, pag. 464.

En medio de estos trabajos, como la espada de acero de buen temple, que se dobla sin quebrarse, se amoldó á las circunstancias con una moderación y una prudencia que no estaban en su naturaleza soberbia. Se reconcilió con Mariño, y confirmó su autoridad, nombrándole comandante del ejército de Cumaná. El ejército del Apure, movido por el coronel inglés Wilson que mandaba un contingente de voluntarios de su nación enganchados en Europa, se había sustraído á su comando, y proclamado á Páez general en jefe con el apoyo decidido de los llaneros que adoraban á su jefe y que lo consideraban superior á Bolívar. Él, sin darse por entendido de esta sublevación, le envió los auxilios necesarios para sostener la guerra. La más acertada de sus medidas, y que debía influir sobre su destino futuro, fué enviar al general Francisco de Paula Santander con 1,200 fusiles y un cuadro de oficiales, con el encargo de formar un cuerpo de ejército en la provincia de Casanare, reconcentrando todas las partidas dispersas y amagar la frontera de Nueva Granada. Santander era granadino y era el hombre de la empresa. Hombre de letras por vocación y soldado por elección, había hecho todas las campañas de la revolución, conservando su carácter mixto. Dotado de una inteligencia vivaz y bien cultivada, con principios democráticos que formaban su conciencia política, con un patriotismo de buena ley, aunque no exento de una ambición legítima, era un hombre de acción y de pensamiento llamado á figurar en la guerra y en la paz. El Libertador hizo preceder su marcha de una proclama profética dirigida á los granadinos: « El día de la América ha llegado. Ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. El sol no completará el curso de su período, sin ver en todo vuestro territorio altares á la libertad ». La profecía se cumpliría (17). En su

(17) Proclama de Bolívar de 15 de agosto de 1818 en Angostura.

tránsito por el Apure, Santander fué detenido por Páez, que se mantenía en un estado de disidencia pasiva. Bolívar allanó prudentemente esta dificultad. En seguida remontó el Orinoco con una escuadrilla de veinte embarcaciones, con algunos batallones para reforzar el ejército del Apure. Tuvo allí una entrevista amistosa con Páez, lo sometió sin violencia á su autoridad suprema, y confiándole el mando en jefe regresó á Angostura con el objeto de consolidar las bases vacilantes de su gobierno político.

Los hombres pensadores que acompañaban al Libertador en sus trabajos y aun militares de alta graduación que le eran más adictos, le manifestaron con energía, que el país estaba descontento de ser gobernado por un solo hombre con facultades absolutas, sin freno alguno y sin rumbos políticos, y que era necesario que se estableciera por lo menos una forma de representación popular, que diese más solidez á su propio poder y más respetabilidad á la república en el interior y el exterior. Bolívar, dándose cuenta de su situación, se dejó persuadir, sin manifestar displicencia. Reorganizó el consejo de Estado que había caído en desuso, y lo incitó á que se ocupara de la convocación de un congreso constituyente, iniciando la reorganización de la república colombiana. Dictóse en consecuencia un reglamento electoral, apuntando en él la idea de que Venezuela debía formar una sola república con Nueva Granada, y que desde luego debía ser llamada la provincia de Casanare á tener representación como parte integrante de la nación. El Libertador al anunciar á los pueblos la próxima convocatoria, declaró que los ponía en posesión de sus derechos, « sin más condición que la de elegir para magistrados á los ciudadanos más virtuosos, olvidando, si podían, en las elecciones, á los que les habían dado libertad ». Y como no podía faltar la renuncia anticipada de fórmula, terminaba con estas palabras: « Por mi parte, yo renuncio para siempre la autoridad que me

» habéis conferido, y no admitiré jamás ninguna que no
 » sea la de simple militar, mientras dure la guerra de Ve-
 » nezuela ». Pero agregaba contradiciéndose : « El primer
 » día de la paz será último de mi mando » (22 de octubre
 de 1818).

El escenario se magnificaba. Las corrientes magnéticas de la revolución sud-americana se tocaban. El mundo empezaba á intervenir indirectamente en el gran movimiento que se operaba en las colonias hispano-americanas insurreccionadas. La figura de Bolívar se agrandaba. La revolución estaba triunfante en el sud del continente y se preparaba á dar el golpe de muerte al poder colonial en su centro. San Martín había triunfado en Maipu y se preparaba á libertar al Perú. El Director de Chile, se dirigía al Libertador, como antes el de las Provincias del Río de la Plata, reconociendo la solidaridad de la causa continental en pro de la emancipación del Nuevo Mundo. En vez de proclamas, se cambiaban ahora boletines de victoria. O'Higgins se dirigía al pueblo de Venezuela, felicitándolo por los triunfos que hacían inmortales sus armas bajo las inspiraciones de su jefe supremo, y le invitaba á la alianza : « La causa que defiende Chile es la misma en que se
 » hallan comprometidas Buenos Aires, Nueva Granada, Méjico
 » y Venezuela; es la de todo el continente americano. Sepa-
 » rados estos países unos de otros, harían más difícil y retar-
 » rían el fin de la contienda de que pende la felicidad ó
 » la humillación de veinte millones de habitantes. Las armas
 » de Chile y Buenos Aires pronto darán libertad al Perú, y
 » la escuadra de este Estado, puede franquear las comunica-
 » ciones con la Nueva Granada y Venezuela, y ayudar á las
 » protestas de esos países » (18). El campo de acción de Bo-

(18) Ofi. del Director de Chile, O'Higgins, al Libertador Bolívar, de 3 y 8 de noviembre de 1818.

lívar se ensanchaba y sus horizontes se dilataban. La España desesperanzada de someter por las armas á sus colonias rebeldes, solicitaba la mediación de las altas potencias de Europa á título de reconciliación. El Libertador, apoyándose en la autoridad del consejo de Estado y de una asamblea de notables, declaró en un manifiesto solemne á la faz del mundo :
 « que la república de Venezuela por derecho divino y hu-
 » mano, estaba emancipada de la nación española; que no
 » había solicitado ni solicitaría mediación de las altas poten-
 » cias europeas para reconciliarse con su antigua metrópoli;
 » que no trataría jamás con la España sino de igual á igual
 » en la paz y en la guerra, y por último, que para mantener
 » sus derechos soberanos, el pueblo venezolano estaba re-
 » suelto á sepultarse entero bajo sus ruinas, si la España, la
 » Europa, y el mundo entero se empeñasen en conservarlo
 » bajo el poder español » (19). Bajo estos auspicios se abrió el congreso convocado por el Libertador.

VII

El 15 de febrero de 1819 se instaló solemnemente en Angostura el segundo congreso venezolano. El dictador abdicó en sus manos el poder absoluto de que estaba investido, diciéndoles modestamente : « En medio de un piélago de
 » angustias no he sido más que un juguete del huracán
 » revolucionario que me arrebatava como débil paja. No he
 » podido hacer bien ni mal. Fuerzas irresistibles han dirigido
 » la marcha de nuestros sucesos : atribúrmelas no sería justo,

(19) Declaratoria de Bolívar como jefe supremo de Venezuela, de 20 de noviembre de 1818.